1141

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

DOCTOR EN MEDICINA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

escrito sobre un pensamiento frances

POR

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Y

JULIAN ROMEA

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1883

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1882.—COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde a la Administracion.
»	»	A cada cual lo suyo.....	1	Sres. Mendez y Arroyo.....	Todo.
3	3	A gusto de todos-j. o. v.....	1	Gorriz y Navarro.....	»
»	»	Antojos.....	1	Navarro y Escudero.....	»
»	»	Ramagosa (bis).....	1	D. E. Aulés.....	»
	2	Complicaciones.....	1	Mariano Pina.....	»
5	4	Crísis total-j. o. v.....	1	Eusebio Sierra.....	»
3	2	Dar... en no dar-j. o. v.....	1	Pedro Gorriz.....	»
»	»	De todo un poco, *revista*.....	1	Vital Aza.....	Mitad.
3	2	Dondiego de noche-c. o. p....	1	Mariano Pina.....	Todo.
4	2	Enciclopedia-c. a. p.....	1	C. Navarro.....	»
3	3	El domingo-d. o. v.....	1	C. Navarro	Mitad.
4	2	El retiro-j. o. p.....	1	Pedro Gorriz.....	Todo.
4	2	El 11 de Diciembre-c. o. v...	1	F. Flores García.....	»
4	1	El primer número-j. o. v.....	1	Sres. Cardin y Vazquez.....	»
5	2	El sonambulismo-c. o. p.....	1	D. Clemente G. de Castro.....	»
»	»	El vil metal.....	1	Eduardo Aules.....	»
2	2	En quince minutos-j. o. p....	1	Salvador Lastra.....	»
»	3	Entre hombres-j. o. v.....	1	Sres. Navarro y Gorriz.....	»
3	2	Firme, coronel-c. o. v.....	1	D. José Olier..	»
2	2	Fruto amargo	1	Federico Jaques.....	»
5	2	Gratis á los pobres-j. o. v....	1	Pedro Gorriz.....	Mitad.
2	3	Hija única-j. o. p.....	1	Sres. Navarro y Escudero.....	Todo.
3	1	Jugar con el fuego.....	1	D. C. Navarro.....	»
2	2	La copa de la amargura-j. o. p.	1	Juan Redondo.....	»
»	»	Las Américas.....	1	Sres. C. Navarro y Gorriz.....	»
3	1	La estatura de papá-j. o. p...	1	S. Castilla y Weyler.....	»
4	2	Las codornices j. o. p.....	1	D. Vital Aza...	»
1	3	La Macarena-j. o. p.....	1	José Orozco.....	»
4	3	La plaza de la Cebada.....	1	Pedro Yarto.....	»
4	2	La Serafina-j. o. v.....	1	Juan Cuesta.....	»
»	»	Las hormigas.....	1	Mariano Barranco.....	»
3	2	Los dos polos-c. o. v.....	1	Sres. Gorriz y Navarro.....	»
3	2	Los gorrones-j. o. p.....	1	D. Manuel Matoses.....	»
4	3	Mala-sombra-j. o. p.....	1	C. Navarro.....	Mitad.
2	3	Malditas mujeres.....	1	Manuel Cuartero.....	Todo.
4	2	Medias suelas y tacones.....	1	C. Navarro.....	Mitad.
2	2	Me voy al cuartel-j. o. p.....	1	Doña Camila Calderon.....	Todo.
3	3	Miss-Leona j. v. p.....	1	D. C. Navarro.....	»
2	2	¡Nicolás!-c. o. p..	1	Eusebio Sierra.....	»
»	»	Noche-buena y noche-mala....	1	C. Navarro.....	Mitad.
2	2	Oler donde guisan-c. o. p....	1	E. Sanchez Castilla.....	Todo.
»	»	Pares ó nones.....	1	José Estremera.....	»
»	»	Pendiente de un alfiler.....	1	J. Sanchez Arjona.....	»
2	3	Perros y gatos-j. o. v.....	1	José Estremera.....	»
»	»	Pobres hombres.....	1	Mariano Barranco.....	»
3	3	Regalo de Navidad.....	1	Juan J. Fernandez.....	»
4	2	¿Si me saldré con la mia?.....	1	M. G. de Cádiz.....	»
»	»	Soy un Canival.....	1	Sres. Navarro y Gorriz.....	»
3	3	Tanto tienes tanto vales.....	1	F. Rodriguez Marin.....	»
4	1	Tercero, interior-j. o. p.....	1	D. Pedro Gorriz.....	»
»	»	Tres blanches y un negre.....	1	E. Aules.....	»
»	»	Un rey al cos.....	1	E. Aules.	»
4	2	Valiente noche-j. a .p.....	1	Sres. Castilla y Gorriz.....	»
4	1	Zarandaja-c. o. p.....	1	D. C. Navarro.....	»
5	3	Con buen fin-j. o. v.....	2	Sres. Navarro y Gorriz.....	»
3	4	Curarse en salud-p. o. p.....	2	D. M. Pina Dominguez.....	»
4	2	En babia.....	2	Navarro y Castilla.....	»
3	3	Errar la cura-c. o. v.....	2	José Olier.....	Mitad.
3	3	La primera cura.....	2	Sres. Ramos y Aza.....	Todo.
»	»	Les festes de mon poble.....	2	Doña Camila Calderon.....	»
4	4	Robo en despoblado-c. o. p...	2	Sres. R. Carrion y Aza.....	»
4	3	Sin padre ni madre.....	2	D. C. Navarro.....	»
7	4	Tres yernos-c. a. p.....	2	Sres. Navarro y Escudero.....	»
2	2	Tú lo quisiste-c. o. v.....	2	D. Pedro Gorriz.....	Mitad
»	»	Con razon y sin derecho.....	3	José Lloret.....	Todo.
7	3	El celoso de si mismo-d. o. v.	3	Valentin Gomez.....	»
8	2	El Tasso-d o. v.....	3	Mariano Catalina.....	»
»	»	El vino de Valdepeñas	3	Gerardo Blanco.....	»
3	2	La moderna idolatría d. o. v..	3	Leopoldo Cano.....	»
9	2	La marca del presidiario.....	3	Magin Venancio.....	»
»	»	L'anada á Montserrat.....	3	E. Aulés...	»
6	4	Las esculturas de carne-d. o. v.	3	Eugenio Sellés.....	»
3	2	Luchas de amor-d. o. v.....	3	Mariano Catalina.....	»
7	3	No hay buen fin por mal camino-d. o. v.....	3	Mariano Catalina.....	»
7	2	Sucumbir en la orilla-d. o. v	3	Luis Oneca.....	»
21	2	Vasco Nuñez de Balboa.....	3	Pedro Novo y Colson.....	»

DOCTOR EN MEDICINA.

[331:4]

DOCTOR EN MEDICINA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

escrito sobre un pensamiento francés

POR

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA

Y

JULIAN ROMEA

Estrenado con gran aplauso en Madrid, en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 12 de Marzo de 1883

MADRID: 1883
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
ADRIANA.....	SRTA. GORRIZ.
FELISA.....	OLONA.
LEONCIO.....	SR. ROMEA.
ROMAN.....	GUERRA.
PAULINO.....	ROMEA D'ELPAS.

La accion, en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante. Puerta en el foro, otra á la derecha y dos á la izquierda. Mesa con espejo, á la derecha; sofá, butacas, etcétera.

ESCENA PRIMERA.

ADRIANA, de pié frente al espejo, vestida con traje de visita. FELISA, de rodillas, le arregla los pliegues de la falda.

ADR. Esa modista, cada dia está más anticuada. Qué traje! Qué adornos!
FEL. Pues á mí no me parecen tan mal.
ADR. Eh! Qué entiendes tú de eso?
FEL. (Hoy está de mal humor.)
ADR. Digo, y para felicitar en sus dias á la esposa de un ministro! Apenas habrá lujo en aquella casa!
FEL. (Ya: la competencia!)
ADR. Ha vuelto el señorito Paulino?
FEL. Sí, señora; pero se marchó otra vez.
ADR. Y por qué no me has avisado?
FEL. Como la señora estaba en el tocador...
ADR. No importa.
FEL. Cómo!
ADR. Haberme avisado.

ESCENA II.

DICHAS, y PAULINO por el foro.

PAUL. Se puede?

FEL. Ahí le tiene usted.

ADR. Pase usted, pase usted, Paulinito. Felisa, vé preparando la ropa del amo: ya no debe tardar. Vamos, anda.

FEL. En seguida. (Vase por la izquierda.)

ESCENA III.

ADRIANA y PAULINO.

ADR. (Con ansiedad.) Y bien?

PAUL. Vengo del teatro. He registrado el palco, los pasillos... he interrogado á los encargados de la limpieza... y nada; no he hallado ni el brazalete... (Dando un suspiro.) ni mi paletó.

ADR. Dios mio!

PAUL. Comprendo que la situacion de usted es muy comprometida, teniendo en cuenta el violento carácter de su esposo; pero opino que deberia usted confesarle la verdad, porque si la descubre por otro conducto... lo que es á mí me hace una tortilla.

ADR. Pero despues de haberme prohibido que asistiera á las representaciones de «Boccaccio,» ¿cómo me atrevo yo á decirle que, aprovechando su ausencia de Madrid, he ocupado un palco de proscenio en compañía de un hombre...

PAUL. Adriana, repare usted que yo no soy un hombre...

ADR. Eh?

PAUL. Quiero decir, que no soy un hombre cualquiera. Adèmas de ocupar un puesto oficial en esta casa, como secretario particular del dueño de ella, soy hijo de una de las más íntimas amigas de usted. Mi mamá nos hubiera acompañado

anoche, á no impedírselo un asunto de la mayor importancia.

ADR. Yo debí desistir entónces de mi propósito.

PAUL. Pero su esposo de usted se hallaba ausente, el palco estaba comprado, y hubiera sido una lástima desperdiciar la ocasiou.

ADR. Dios supo castigar bien pronto mi funesto capricho!

PAUL. Todavía estoy nervioso. En el primer entreacto, salgo á estirar un poco las piernas; unos amigos se empeñan en llevarme al café; como no era cosa de contarles el motivo que me lo impedia, accedo; pero considere usted mi sorpresa cuando, al volver al palco, veo... que no la veo á usted!

ADR. Qué apuro, gran Dios! Acababa usted apénas de marcharse; de pronto, mi vista se turba; una angustia inexplicable se apodera de mí; me lanzo instintivamente fuera del palco... y caigo desmayada.

PAUL. El calor... la falta de oxígeno.

ADR. Por fortuna, entre las personas que acudieron á socorrerme, habia un médico, un excelente médico, quien me prestó solícito los auxilios de la ciencia.

PAUL. Lo mismo hubiera hecho yo.

ADR. Ya repuesta, mi sólo pensamiento fué huir de teatro; temí que me hubiesen conocido, y má metí en un coche, sin dar apénas las gracias le mi salvador. Es preciso que averigüe usted su su nombre...

PAUL. No me parece muy fácil.

ADR. Yo necesito hablarle... Mi honor está entre sus manos!

PAUL. Cómo!

ADR. Naturalmente. Si álguien le ha dicho quién soy... si conoce por casualidad á mi esposo...

PAUL. Eso es mucho suponer.

ADR. Ademas, el brazalete que he perdido y que tiene mis iniciales...

PAUL. Y mi paletó, que no tiene las mias!

ESCENA IV.

DICHOS.—FELISA con un frac, un chaleco y una corbata.

FEL. Señorita, la ropa del amo.
ADR. Bien; déjala ahí.
FEL. Quiere usted algo más?
ADR. No; véte.
FEL. (Hum! Aquí pasa algo.) (Vase.)
PAUL. Lo mejor es buscar un recurso que disculpe la pérdida del brazalete, si es necesario. Yo he oido decir que las señoras saben mentir muy bien.
ADR. Cómo!
PAUL. Ménos usted, cuando no se le ha ocurrido hacerlo. Pero en este caso...

ESCENA V.

DICHOS.—ROMAN por el foro.

ROM. Al diablo la cátedra, los alumnos y la Universidad entera!
ADR. Qué es eso, amigo mio? Qué te pasa?
ROM. No lo sé. Vengo de los exámenes. Hoy tengo un humor...
PAUL. (Hoy nada más?)
ROM. He reprobado á todos los alumnos.
PAUL. (Para desahogarse.)
ROM. Hola, Paulinito!
PAUL. Vuelve la gastralgia?
ROM. No es que vuelve; es que no me abandona nunca!
PAUL. (Este hombre me hace temblar.)
ADR. Tal vez el viaje que hiciste ayer te haya empeorado.
ROM. El... viaje? (Si sospechará?..) Es muy posible. Te aburriste mucho durante mi ausencia?
ADR. Ya puedes suponer... Y tú?
ROM. Yo?... Ya puedes suponer...
PAUL. (Y va de suposiciones.)
ADR. Aquí tienes preparada tu ropa.

ROM. Para qué?

ADR. No me acompañas á casa del ministro?

ROM. No. Estoy algo fatigado, y ademas tengo que terminar cierto trabajillo... Usted se quedará á ayudarme, eh? (A Paulino.)

PAUL. Con mucho gusto.

ROM. No es cosa muy distraida: se trata de la traduccion de unos Códices hebreos. Conoce usted el hebreo?

PAUL. No, señor; y usted?

ROM. Hombre, cuando lo traduzco...

PAUL. Es verdad: no habia caido en ello.

ROM. Hágame usted el favor de pasar á mi despacho.

PAUL. En seguida: yo estoy siempre á las órdenes de usted. (Lo dicho: es muy bruto, y si descubre lo que hay, me hace jigote.) (Vase por la derecha.)

ESCENA VI.

ADRIANA.—ROMAN.

ADR. Conque decididamente me dejas ir sola?

ROM. Sí; pero aguarda un momento: tengo que decirte algo importante.

ADR. (Dios mio!) Me asustas.

ROM. No es para tanto. Se trata de que abandonemos Madrid para siempre.

ADR. Qué dices!

ROM. Esto está perdido: no hay virtud que se respete; la moral es una palabra vana, y el teatro, que deberia ser la escuela de las buenas costumbres, se ha pervertido hasta el extremo de representar obras como *La Mascota*, *Bocaccio* y otras de ese jaez.

ADR. Pero no asistiendo á los teatros...

ROM. Es que la tentacion puede mucho, y tú misma, á pesar de habértelo prohibido, pudieras...

ADR. Yo? (Sobresaltada.)

ROM. Ya sé que eres incapaz de ello, y eso me tranquiliza. Pero he resuelto que nos ausentemos de

Madrid, aunque se oponga el mundo entero. (Alzando la voz.)

ADR. Bien, hombre, no te incomodes.

ROM. Hemos concluido. Puedes marcharte, cuando gustes, á casa del ministro. Discúlpame como puedas.

ADR. (Qué carácter tan insufrible!) Adios entónces. No me abrazas siquiera?

ROM. Sí; estaba distraido. (La abraza con frialdad.)

ADR. (Dios mio, que nunca sepa nada!) (Vase por el foro.)

ESCENA VII.

ROMAN.—Despues FELISA.

ROM. Abrazar á una mujer por obligacion! No hay duda de que el matrimonio es una cosa divertida! Institucion tiránica é irritante, pero... moral, eso sí. Es decir, moral cuando ambos cónyuges observan rigurosamente los preceptos de la ley. Mi esposa es lo que se llama una santa, y yo... yo soy un infame. Si álguien me lo dijera, le romperia el bautismo; pero yo puedo insultarme á mí propio sin exposicion alguna. Ese es el verdadero valor moral. Esta maldita gastralgia me obliga á decir y cometer tales disparates... Ayer, no sabiendo cómo desechar mi mal humor, resolví dar un paseo higiénico y largo: llegué hasta los Carabancheles, y al volver en el tranvía, tropiezo con una de mis predilectas amigas de otros tiempos. Lola, una sevillana que en cada ojo tiene una batería eléctrica. Venía de visitar á su tia, pensionista del manicomio de Ezquerdo. Evocando recuerdos del pasado, vinimos á ocuparnos del presente, y como la pobrecita se halla agobiada bajo el peso del infortunio, quiso entrar en detalles. Para esto no es el tranvía el lugar más á propósito, segun le manifesté. Vine á casa, pretexté un

viaje repentino, y fuí á buscar á Lola, dedicándola la tarde y una modesta comida en Los Dos Cisnes. Gabinete particular. *Menu á la carte.* Despues de esto, y para desechar de la imaginacion ideas tristes, me la llevé á ver «La Mascota». Qué horror! Qué inmoralidad! Hablo de «La Mascota». Parece mentira que el teatro marche por un camino tan peligroso! Hubo momentos en que me daban ganas de gritar...

ESCENA VIII.

DICHOS.—FELISA por el foro.

FEL. Señor.

ROM. Qué hay?

FEL. Un caballero pregunta por usted, y me ha dado esta tarjeta.

ROM. (La toma y lee) «Leoncio Cornicabra, fabricante de peines.» Le has dicho que estoy en casa?

FEL. Sí, señor.

ROM. Torpe!

FEL. Como usted no me habia prevenido...

ROM. Bien, bien. Hazle pasar. (Vase Felisa.)

ESCENA IX.

ROMAN. —Despues LEONCIO.

Qué viento le traerá por aquí despues de tanto tiempo? Recuerdo que perdimos las amistades por un motivo harto baladí. La cuenta de cierta cena, que yo me empeñé en pagar... digo, en no pagar. Querrá que hagamos las paces, como si lo viera.

LEONC. Se puede? (Este personaje es algo corto de vista.)

ROM. Adelante. (Situándose, en actitud afectada, delante de la chimenea.)

LEONC. Dónde? Ah! Mi querido *Manito!*

ROM. Eh! Qué es eso de Manito?

LEONC. El diminutivo de Roman: era tu nombre de

guerra, no te acuerdas? Y cómo estás? Bien, eh? Vaya, me alegro. Sea enhorabuena, chico: ya sé que te has casado con una mujer muy bonita. Sátrapa! Y los niños? Tienes niños? No? Es pronto? Ya vendrán, ya vendrán: eso viene en seguida.

ROM. Caballero, permítame usted que extrañe...

LEONC. Y me habla de usted! Hombre, hombre! Aún conservas rencor? Bah! Es preciso olvidar, Manito. Entre amigos de colegio... Te acuerdas cuando estudiábamos latin? Es una lengua muy útil, pero á mi no me sirve para fabricar mis peines. Conque pelillos á la mar, camastron! (Dándole una palmadita en el vientre.)

ROM. Ay mi estómago! Hombre, no seas atroz! (Muy incómodo.)

LEONC. Choca, cascarrabias. (Le tiende una mano, que Roman estrecha de mala gana.)

ROM. Leoncio, vamos á cuentas. Tú vienes á pedirme algo.

LEONC. Chico... sí, no lo niego; pero no es nada de... (Dinero.) Mi posicion es algo desahogada.

ROM. Bien, ya te escucho.

LEONC. Tú conocerás á todos los inquilinos de esta casa de tu propiedad, forzosamente.

ROM. A ninguno. No visito á nadie, y mi administrador es el que se encarga de los arrendamientos. Pero á qué viene?...

LEONC. Vas á saberlo. Siéntate.

ROM. Estoy bien así.

LEONC. Siéntate, hombre. (Le obliga á sentarse en un divan; él se sienta tambien, haciéndolo sobre el sombrero de Roman.) Ah!

ROM. Eh? Mi sombrero! (Tomándolo completamente apabullado del divan.)

LEONC. Ay, respiro! Creí que era el mio! Pero no tengas cuidado; pasándolo un paño mojado y una plancha, no queda muy bien, pero puedes comprarte otro sin miedo. Pues escucha: ayer fuí á visitar á un médico amigo mio; yo suelo echarle mangos de cuerno...

ROM. Mangos? A tu amigo?

LEONC. No, hombre; á sus instrumentos quirúrgicos.

ROM. Ah!

LEONC. Como me quiere tanto y él no podia asistir anoche á la funcion, me regaló su butaca del teatro de la Zarzuela, del cual es médico oficial. Yo creí que harian *El Chaleco de Narbona.*

ROM. Qué diablos dices?

LEONC. Es que lo traduzco. Como *gilet* es chaleco en frances, *Gilette de Narbona* me resulta *chaleco de Narbona*, como si dijéramos *chaleco de Bayona.* Pues no, señor, hacian el *Bocaccio.* Chico, qué zarzuela! Qué esparto! Digo, qué espartito! Qué música tan picaresca!

ROM. Preciosa.

LEONC. La conoces?

ROM. Ya lo creo!

LEONC. Qué terceto el de los *parapluies!*

ROM. Pero con la letra italiana resulta mejor.

LEONC. Sin duda. (Cantan.)

«Oh Beatrice! (Beatriche.)
il cor me dice (Diche.)
que tu adesso
mi rendi cornice.» (Corniche.)

ROM. Y cómo aplaudia el público!

LEONC. La primera vez que yo oí eso de «corniche», me figuré que era una alusion á mis peines. Pero sigo adelante con mi cuento. Cuando más entusiasmado estaba yo paseando mis gemelos por todos los palcos, un acomodador me da una palmadita en el hombro, y me dice: «Venga usted, venga usted corriendo.» Le sigo; llegamos al vestíbulo, y allí, sobre una banqueta, veo á una jóven desmayada y rodeada de curiosos. El acomodador separa á codazos aquella gente, y grita: «Paso! Aquí está el médico!

ROM. Hombre!

LEONC. Yo me quedé hecho una pieza, sin saber qué partido tomar. Al cabo, la tomé el pulso. Ay! Manito, qué mujer tan divina! Qué curvas y qué rectas! Ni la geometría del espacio que estudiábamos en el colegio! Un solícito espectador me alarga papel y un lápiz. Comprendí que

se me exigia una receta; pero calcula mi aturdimiento. Al cabo me decidí; tracé en el papel unos cuantos números y otros tantos vocablos incoherentes, terminando con un garrapato extravagante. Pues bien, querido Manito, lo creerás?

ROM. Qué?

LEONC. El boticario envió algo; yo no sé lo que fué, pero envió algo.

ROM. Es posible?

LEONC. Sí, un tatarrete con un líquido de color indefinido; lo aplicaron á los labios de la víctima; un sudor frio inunda mi frente; mi vista se turba, y estuve á pique de desmayarme en brazos del inspector de servicio; pero no me desmayé; con gran sorpresa por mi parte, la enferma se pone de pié.

ROM. Diantre!

LEONC. En seguida, rápida como el pensamiento, me estrecha la mano, se lanza á la calle, se mete en un coche y desaparece.

ROM. Sin dejarte sus señas?

LEONC. Oh! Las tengo. Yo seguí al coche.

ROM. Cómo! A pié?

LEONC. Sí, era de alquiler. Además, durante el desmayo, el acomodador, al recoger el abrigo de la enferma, me entregó una pulsera y un paletó de caballero que se encontró en el palco, cuyos objetos conservo en mi poder.

ROM. Un paletó! Entonces esa jóven no estaba sola. Habia un hombre con ella.

LEONC. Sin duda; pero cuando ese hombre no se presentó, y cuando la desconocida se marchó sola y con tal prisa, hay que suponer algun misterio amoroso... algun busílis.

ROM. Pero aún no me has dicho dónde vive esa señora.

LEONC. Vive... en esta misma casa.

ROM. Qué oigo!

LEONC. Ignoro el cuarto, y por eso he venido á interrogarte.

ROM. Con que en mi misma casa hay un trapicheo de

esa naturaleza y yo no lo sabía! Rayos y truenos!

LEONC. Cálmate, Manito, cálmate. Qué carácter tan brusco has echado!

ROM. Este es un foco de inmoralidad! Todas las personas decentes vamos á tener que ausentarnos de Madrid! (Cada vez más irritado.)

LEONC. Pero no te pongas de ese modo. Caramba, si estás verde! A ver el pulso.

ROM. Quita, quita. Tú te has llegado á figurar que eres médico de véras?

LEONC. Sin embargo, eso de irritarse por nada... Apuesto á que no digieres bien.

ROM. Con efecto... este maldito estómago...

LEONC. Has hecho ayer algun exceso en la comida?

ROM. No sé; digo, sí; puede que los langostinos aquellos...

LEONC. Langostinos! No digas más. Es una gastralgia.

ROM. Tú estás seguro de que entró aquí?

LEONC. La gastralgia?

ROM. Esa mujer.

LEONC. Segurísimo.

ROM. Luego pretendes aprovecharte de la ocasion para convertir mi finca en un?...

LEONC. Calla, hombre, no desatines! Quiero solamente devolver su pulsera á esa jóven, de una manera delicada. (Saca una cajita elegante del bolsillo.) Ves esta cajita?

ROM. Déjame de simplezas.

LEONC. Escucha, hombre. Es un recurso ingenioso que he inventado. Esta cajita es de música, y dentro se halla la pulsera. No tiene más que una tocata, que repite cada cinco minutos miéntras le dura la cuerda. Se la he comprado á un relojero aleman. Pues bien; coloco la cajita disimuladamente sobre un mueble, y emprendo con mi desconocida una conversacion amena y delicada. De repente, una tierna melodía se deja oir; la cándida paloma se admira; yo sonrío maliciosamente... Ves? así. (Sonriendo de una manera cómica.)

ROM. Muy bonito!

LEONC. Ella se levanta, busca con ansiedad; encuentra por fin la caja; la abre; comprende mi delicadeza; admira mi talento, y esclama: «Ah caballero!» Yo la digo: «Oh señora!» La conversacion gira sobre otro órden de ideas; ella se anima; yo no me quedo corto, y... vaya usted á saber!

ROM. Calla, que no sé cómo me contengo!

LEONC. No seas envidioso, Manito. Conque si tú te obstinas en no ayudarme, voy á informarme del portero.

ROM. Bien, haz lo que quieras. (Yo tomaré mis medidas.)

LEONC. Pues ya te contaré lo que ocurra... pero domínate, chico, domínate, y no abuses de los langostinos. Je, je! Hasta luégo, cascarrabias. (Vase por el foro.)

ESCENA X.

ROMAN, despues PAULINO.

ROM. Una mujer de conducta dudosa en mi casa! No es posible. Ese majadero no se ha enterado bien; pero como sea cierto...

PAUL. (Por la derecha.) (Ya me canso de estar solo.)

ROM. (Viéndole.) (Ah! Este puede que sepa...) Paulinito, acérquese usted y responda ingénuamente á lo que voy á preguntarle.

PAUL. (Malo! Ya estoy temblando.)

ROM. Acérquese usted, más. (Paulino se acerca con temor.)

PAUL. (Lo dicho; que me asusta este hombre.)

ROM. Usted es un jóven agraciado.

PAUL. De véras?

ROM. Por lo tanto, debe usted tener mucho partido con las mujeres.

PAUL. Pues nunca me han dicho nada.

ROM. Usted sabe si en esta casa vive alguna señora... excesivamente amable... excesivamente sensible?

PAUL. Amable y sensible?

ROM. Haga usted memoria.

PAUL. Ya la tengo hecha; pero no sé...

ROM. (De pronto y con tono brusco.) Yo sí lo sé.

PAUL. Ay! (Asustado.)

ROM. Sé que en esta casa habita una mujer que ayer se ha desmayado en el teatro de la Zarzuela.

PAUL. (María Santísima!)

ROM. En el palco que ocupó se han encontrado un paletó y una pulsera.

PAUL. (Ya escampa!)

ROM. Procure usted informarse detalladamente de todo. Estoy muy interesado en este asunto.

PAUL. Es el caso...

ROM. Hágame usted ese favor, pero sin pérdida de tiempo.

PAUL. Yo quisiera...

ROM. Nada, vea usted cómo se arregla. (Como sea cierto, la planto en la calle antes de venticuatro horas!) (Entra en su despacho.)

ESCENA XI.

PAULINO.—Despues LEONCIO.

PAUL. Lo sabe todo! Tal vez medita una horrible venganza! Oh! Es preciso prevenir á su esposa. Corro á casa del Ministro; pero con esta facha... Allí todos estarán de etiqueta. (Reparando en la ropa de Roman.) Calle! esta ropa... sí, es la de don Roman. Oh Providencia! Manos á la obra. (Se pone en mangas de camisa.) De este modo podré... (Al ir á ponerse el frac, ve á Leoncio, que aparece en la puerta del foro.) Oh!!

LEONC. Ah! (Paulino echa á correr por la segunda puerta izquierda, cargando con toda la ropa y ocultándose el rostro con ella.)

ESCENA XII.

LEONCIO.—Despues ADRIANA.

LEONC. Un jóven en mangas de camisa! Es la mejor prueba! El portero no estaba en su cuchitril.

Esa es una costumbre muy arraigada en los porteros. Sólo habia una niña de ocho á diez años. «Díme, nena, ¿tú sabrias decirme en qué cuarto vive una señora muy guapa?—Guapas no hay en la casa más que la del segundo y yo.» No quise oir más: subo de dos en dos los escalones; la puerta estaba abierta, y héme aquí decidido á llevar á la práctica mi ingenioso proyecto. (Saca la cajita.) Demos cuerda á la cajita; dentro de breves instantes dejará oir sus armoniosos ecos... (Va á colocarla sobre el sofá, y se detiene admirado.) Pero qué estoy mirando? O yo sueño, ó este es el cuarto de mi amigo Roman. Sí, no hay duda. Torpe de mí! Ya caigo. Habrá entresuelo. Los entresuelos me vuelven loco. Bajaré al portal, y volveré á subir con cuidado. (Se dirige al foro y se detiene.) Oigo crujir una falda! (Adriana aparece en la puerta.) Ah! Ella! En casa de Manito! (Se mete la caja en un bolsillo de los faldones.) Señora...

ADR. Ah! Doctor... Usted aquí? Le han dicho á usted que deseaba hablarle?

LEONC. Hablarme? Ah, sí. (Me dejaré correr.)

ADR. Ante todo: ha visto usted á mi esposo?

LEONC. (Es casada! Oh, qué sospecha!) Es usted, por ventura, la señora de Manito?

ADR. Eh?

LEONC. Digo, de Roman.

ADR. Sí, señor. Le ha visto usted?

LEONC. No: he llegado hace un instante... (No hay entresuelo! Pobre Manito!)

ADR. El está en su despacho trabajando, y tenemos tiempo...

LEONC. (Tiempo de qué?)

ADR. Tome usted asiento.

LEONC. Tanta amabilidad! (Es más bonita á la luz del sol que á la del gas.)

ADR. Supongo que usted me guardará el secreto.

LEONC. Sí, señora. Sobre qué?

ADR. Sobre lo ocurrido anoche.

LEONC. Oh! Por supuesto.

ADR. Yo no quiero ya tener otro médico mas que us-

ted... y al médico puede una confiárselo todo.

LEONC. Ah! sí, todo absolutamente. (Qué bonito oficio, y qué fácil!)

ADR. Yo soy más culpable de lo que usted se figura.

LEONC. (Demonio!) Señora... señora...

ADR. Oh, sí; yo he estado anoche en la Zarzuela, á escondidas de mi esposo, y eso es una falta imperdonable.

LEONC. No lo crea usted; eso de engañar á los maridos es muy frecuente.

ADR. Pero no la mujer que estima á su esposo y se estima á sí misma.

LEONC. Es decir, que usted estima al suyo?

ADR. Puede usted dudarlo?

LEONC. Nunca. (Pues no lo parece.)

ADR. Le estimo, á pesar de su brusco carácter. Antes era tan alegre, tan jovial... pero lo que es ahora... Qué causa puede haberle hecho variar de ese modo? La ciencia debe explicarlo.

LEONC. Ya lo creo. O uno es médico ó no lo es.

ADR. Hable usted, doctor.

LEONC. Desde cuándo ha notado usted esa variacion en su esposo?

ADR. Desde que se casó conmigo.

LEONC. Hola! Hola! Déjeme usted que medite. (Pausa.) Ha observado usted si le gustan los langostinos?

ADR. Con exceso.

LEONC. Pues ahí lo tiene usted. Es una gastralgia complicada con el nervio vasomotor de la fosa ilíaca. Enfermedad horrible, de la cual sufre usted tambien las consecuencias.

ADR. Dios mio! Y qué hacer entónces?

LEONC. Ya verémos. Usted, por su parte, procure distraerse cuanto pueda. Yo encargo á todas mis enfermas mucha distraccion, y por eso me quieren tanto. Despues, ya procurarémos restablecer la armonía de... (La caja de música empieza á tocar.) (La caja de música!) (Se levanta muy inquieto.)

ADR. (Levantándose tambien,) Qué es eso?

LEONC. No sé; parece que suena arriba.

ADR. No; es abajo.

LEONC. Pues será abajo.
ADR. Ahora suena más cerca.
LEONC. (Diantre!) (Se aleja de ella removiendo los muebles para ahogar el sonido.)
ADR. Parece un acordeon.
LEONC. Sí, y toca un aire muy lindo. (Baila á compas de la música.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—PAULINO, que trae puesto el frac de Roman, el cual le estará muy ancho.

PAUL. (Desde la puerta.) Ella! Y el individuo que entró hace poco!
ADR. Ah, Paulino, venga usted: ese es el médico que me asistió anoche.
PAUL. Caballero!... (Quiere acercarse á él para saludarle, pero Leoncio se aleja bailando siempre.)
LEONC. Servidor de usted...
PAUL. (Dándole la mano y bailando tambien.) Paulino Fuencarral, Gonzalez, 5.
LEONC. Leoncio Peines, Cornicabra, 10. (Se desvian uno del otro.) (No sé lo que digo.)
PAUL. (A Adriana.) Es un médico puesto en música.
LEONC. (Sentándose sobre la caja; cesa la música.) Ay, gracias á Dios! (Adriana y Paulino quedarán al otro extremo de la escena.)
ADR. Pero qué frac es ese?
PAUL. El de don Roman. Me lo puse para ir á casa del Ministro, y decirle á usted que su esposo...
LEONC. Crea usted que he tenido mucho gusto en... (Va á levantarse: suena la música, y se vuelve á sentar, cesando ésta.)
PAUL. El gusto es mio, señor Doctor.
LEONC. (En qué habrá conocido que soy doctor?)
ADR. (A Paulino.) Silencio, mi marido.
PAUL. Y yo con su frac! (Se oculta detras del sofá, sacando de cuando en cuando la cabeza.)
ROM. (Se dirige resueltamente á donde está Leoncio.) Y bien, qué hay? (Leoncio se levanta muy poco á

poco, hasta ponerse de pié completamente al notar que no suena la caja.)

LEONC. Que ya no suena.

ROM. Eh?

LEONC. Nada, nada.

ROM. La has visto?

LEONC. A quién?

ROM. A esa mujer.

LEONC. Ah! Sí... sí...

ROM. Dónde? En qué cuarto?

LEONC. En... en el tercero.

ROM. En el tercero! Ahora verás.

LEONC. Qué vas hacer?

ROM. A plantarla inmediatamente en la calle.

LEONC. (Canario!) Hombre, hombre, esa es una atrocidad! (Sujetándole.)

ROM. Yo estoy en mi derecho; como dueño de la finca, no consiento que vivan en ella más que personas decentes.

LEONC. Pero escucha...

ROM. No hay nada que me detenga. (Logra desasirse de Leoncio, y echa á correr por el foro.)

LEONC. Dios nos asista!

ADR. Qué pasa?

LEONC. Pronto! Quién vive en el tercero?

ADR. En el tercero?... no recuerdo... Ah, sí; un comandante de coraceros.

LEONC. Casado?

ADR. Sí, señor. Y tiene un genio terrible!

PAUL. Es un coracero del estanco.

LEONC. Pues se armó la gorda.

ADR. Qué dice usted? (Se oye dentro un gran estrépito.)

LEONC. Ya está usted oyendo.

PAUL. Parece una batalla! (Se agolpan todos en el foro; Roman aparece en él, sostenido por Felisa.)

ADR. Dios mio, Roman! (Entre todos le colocan en el sofá.) Qué ha pasado?

FEL. Solo sé decirle á usted que ha rodado las escaleras.

ADR. Pronto, Doctor, recete usted alguna cosa.

PAUL. Una sangría de dos ó tres kilos.

LEONC. (Otro apuro.) Yo recetaré lo que deba recetar.

FEL. Aquí hay recado de escribir.

LEONC. Bien. (Se sienta á escribir.) No se acerquen ustedes tanto, que pueden distraerme. (Se retiran.) Lo que es ahora no enviará nada el boticario, porque no pongo más que puntos. (Escribiendo.) Esto es: ahora, una firma ininteligible. (Firma.) Toma: (A Felisa.) echa á correr. (Vase Felisa corriendo por el foro.)

ADR. Doctor, no respira.

LEONC. Buena señal!

ADR. Cómo!

PAUL. (No he oido otra.)

LEONC. Eso indica que la crísis se acerca. Lo mismo ocurre en política: cuando á un gobierno no le dejan respirar, en seguida viene la crísis.

ROM. (Suspirando.) Ah!

PAUL. Ya vuelve.

LEONC. Lo ven ustedes? O uno es médico, ó no lo es.

ADR. Roman, esposo mio, qué ha sido eso?

ROM. Infame! Tirarme á mí por la escalera!

ADR. Quién?

ROM. Ese comandante que vive en el tercero. Oh! ya me las pagará!

ADR. Pero por qué ha sido?

ROM. Porque yo no quiero líos en mi casa, y su mujer es una loca, que se desmayó anoche en la Zarzuela, donde estuvo á escondidas de su esposo.

ADR. (Gran Dios!)

LEONC. (Bajo á Adriana.) (No le haga usted caso. Es el delirio.)

PAUL. (Ha tomado el rábano por las hojas.)

ROM. Oh! Ya verán quién soy yo. Tengo las pruebas.

ADR. Tú?

ROM. Sí; una pulsera que perdió esa señora, y que éste conserva encerrada en una caja de música.

LEONC. Yo?

ADR. (Ahora caigo!)

PAUL. (El sonsonete de ántes.)

ROM. Leoncio, dame esa prenda.

LEONC. Se la he devuelto á su dueño.

ROM. Mientes!

LEONC. Repito que no la tengo.

ROM. Mientes, te digo! (Persiguiendo á Leoncio al rededor del velador del centro.)

ADR. (Va usted á perderme!)

LEONC. (Saca la caja y la arroja por el balcon.) (A la calle!)

ROM. Dámela.

LEONC. (Dejándose asir de Roman.) Vamos, hombre, regístrame y convéncete.

ROM. (Tentándole los bolsillos.) En efecto; pero tú me engañas!

LEONC. Y dale!

PAUL. (La escamoteó.)

ADR. (Bajo á Leoncio.) Qué ha hecho usted?

LEONC. Cualquier cosa. (Roman se deja caer en el sofá.)

ROM. Mi cabeza se arde... mi vista se turba... (Dando un grito de dolor y apretándose el estómago con las manos.)

ADR. Amigo mio...

LEONC. Llegó la crísis; pero yo sabré cumplir con mi deber.

ESCENA XIV.

DICHOS.—FELISA, con un frasco.

FEL. Aquí está esto.

ADR. Venga. (Tomando el frasco y aproximándolo á los labios de Roman.)

LEONC. (Demonio!) Te ha dado algo el boticario?

FEL. Toma! Pues no llevaba una receta?

LEONC. Pero... la ha leido?

FEL. Ya lo creo.

LEONC. (Pero si yo no he puesto más que puntos suspensivos!)

ADR. Bebe, amigo mio. (Roman bebe con mucho trabajo.)

LEONC. (Qué es lo que vá á beber?)

FEL. Pobre señorito! (En este momento se oye sonar la caja de música en uno de los bolsillos del delantal de Felisa.) Ay!

ADR. Qué es eso?
ROM. La caja de música!
LEONC. Por dónde habrá venido?
PAUL. (Es gracioso!)
ROM. (Se levanta con mucho trabajo, y guiado por el sonido, se lanza sobre Felisa y le arrebata la caja del bolsillo.) Oh, aquí está!
TODOS. Ah!
ROM. Quién te ha dado esto? Habla!
FEL. Nadie; yo volvia de la botica, y me cayó sobre este hombro: debo tener un cardenal.
ROM. Ya no se me escapa: ya tengo la prueba. Ahora verémos, señor comandante!
ADR. Doctor, sálveme usted.
LEONC. Señora, otra vez?
PAUL. (Si abre la caja, nos pulveriza!)
LEONC. Chico, sosiégate. Dame esa caja.
ROM. Jamás!
LEONC. Mira que es por tu bien.
ROM. Antes que soltar esta prenda, soy capaz de... (Haciendo gestos de dolor.) Ay, ay, Dios mio!
ADR. Qué tienes?
ROM. Qué es lo que me habeis dado á beber? Yo me muero!
ADR. Vamos, cálmate.
LEONC. (Se ha envenenado con los puntos suspensivos.)
ROM. Me abraso... me hielo!
PAUL. (En qué quedamos?)
ADR. Doctor, que dice usted á esto?
ROM. Doctor? Por qué le llamas Doctor?
ADR. Si es el médico que te ha recetado la medicina.
ROM. Ese? Un fabricante de peines? Misericordia!
ADR. Cómo! Qué dices?
PAUL. Esto nos faltaba!
LEONC. (Dominó!)
ROM. Me han asesinado! Dejadme! (Se levanta y se dirige al despacho.) Quiero morir solo!!
ADR. Roman, por Dios!
ROM. No me sigas, déjame.
ADR. Pero...
ROM. No me sigas! (Con un grito muy fuerte. Adriana se detiene asustada.)

ADR. Paulino, Felisa, no le abandonen ustedes: se conoce que mi presencia es la única que le mortifica. (Felisa entra en el despacho.)

PAUL. (Si le hubieran dado una sangría de dos kilos...) (Entra tambien.)

ESCENA XV.

ADRIANA.—LEONCIO.

LEONC. Señora, no tema usted. Es la crísis.

ADR. Caballero, ante la desgracia que amenaza á mi esposo, exijo á usted una explicacion de su indigna conducta.

LEONC. Poco á poco; llámela usted todo lo que quiera ménos indigna.

ADR. Usted se ha hecho pasar por médico no siéndolo.

LEONC. Es verdad; pero yo ocupaba la butaca del médico de la Empresa; acometió á usted aquel accidente, me llamaron tomándome por el otro, y lo cierto es que yo la puse á usted buena.

ADR. Y con qué objeto se ha apoderado usted de mi pulsera?

LEONC. Si yo no me he apoderado de nada: me la dió el acomodador, y vine á devolvérsela á usted, ignorando que era usted la esposa de mi amigo Roman.

ADR. Y acaba usted de envenenarle!

LEONC. Protesto: yo puse en la receta unos puntos suspensivos, y el boticario ha enviado estrignina probablemente.

ADR. Qué horror! Si mi esposo sucumbe, se supondrá que usted le ha asesinado, que yo he consentido en ello porque usted me ama; encontrarán la pulsera entre las crispadas manos de la víctima, y... oh! yo me vuelvo loca!

LEONC. Cálmese usted. (Pues estamos frescos!)

ADR. Yo quiero verle: yo quiero recoger su último suspiro... pedirle que me perdone...

LEONC. Pero señora...

ADR. Atras: mi puesto está allí. (Se lanza hácia la puerta por donde se marchó Roman. Al mismo tiempo aparece en ella Paulino.)

ESCENA XVI.

DICHOS.—PAULINO.

LOS DOS. (Al verle.) Qué hay?
PAUL. Me ha enviado á paseo.
ADR. Pero cómo está?
PAUL. Muy mal.
LEONC. Muy mal!
ADR. Dios mio!
LEONC. Y la caja?
PAUL. No la suelta ni á tres tirones. Qué es lo que le ha dado usted?
LEONC. Valeriana, inocente valeriana. (Bajo á Adriana.) Señora, no tiemble usted así.
PAUL. Está usted seguro de que era valeriana?
LEONC. No he de estarlo?
PAUL. Es que parece que ha tomado un narcótico.
LEONC. Cómo! (Bajo á Adriana.) Señora, este imberbe sospecha. Hay que deshacernos de él.
ADR. Eh? De este tambien? (Aterrada.)
PAUL. Me parece que debemos tomar una resolucion.
LEONC. Opino lo mismo. Huyamos.
PAUL. Sí, huyamos.
ADR. Yo no me muevo de aquí.
LEONC. Pero, señora...
ADR. Y si mi esposo sucumbe?
LEONC. El se habia de morir más tarde ó más temprano.
ADR. Qué ejemplo para la mujeres casadas!
LEONC. Déjese usted de filosofía, y vámonos.
ADR. No; yo quiero verle.
LEONC. Pues entre usted.
ADR. No me atrevo.
LEONC. (Ménos me atrevo yo.)
ADR. Ah! Felisa.

ESCENA XVII.

DICHOS.—FELISA.

TODOS. Qué pasa?
FEL. (Admirada.) Nada.
LOS TRES. Cómo está?
FEL. El amo? Perfectamente.
LOS TRES. Eh?
FEL. Me envia á buscar el resto de la medicina.
LEONC. (Apoderándose del frasco.) Oh!!
ADR. Pero... habla?
FEL. Que si habla? Por los codos.
PAUL. Yo voy á ver.. .(Entra en la habitacion.)
LEONC (A Adriana.) Señora, no hay que fiarse: esa es la mejoría de la muerte!!
ADR. Pero...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—ROMAN, apoyado en el brazo de PAULINO.

ROM. Sí, mi querido Paulino; los hebreos adquirieron un grado de civilizacion portentoso. Si usted pudiera leer como yo esos códices...
PAUL. A mí me basta con que usted los lea.
ADR. Pero Roman, no me escuchas?
ROM. Sí, querida Adriana; te escucho, y te quiero más que nunca. Qué deseas?
ADR. Estás mejor?
ROM. Estoy perfectamente, gracias á la estupenda receta de ese doctor famoso.
LEONC. Ya me esperaba yo eso.
ROM. Hombre, y qué medicina me recetaste, vamos á ver?
LEONC. Pues... la valeriana.
ROM. No la olvidaré. Gracias á ella, mi gastralgia ha desaparecido Mañana daré á todos mis alumnos la nota de sobresaliente.
LEONC. Pero dime... la cajita de música...
ROM. Aquí la tienes: devuelve á esa señora su pulsera. (Le da la cajita.)

ADR. Pero la has visto?

ROM. Sí; tiene unas iniciales: *H* y *V* enlazadas.

ADR. *H* y *V*?

LEONC. (Bajo á Adriana.) Cómo se llama usted?

ADR. Adriana Herrera.

LEONC. *A* y *H*. Las ha mirado al reves.

ADR. Ah!

ROM. Esa señora tiene un marido: si ha faltado á sus deberes, sírvale de castigo su conciencia.

PAUL. (Qué razonable se ha vuelto!)

LEONC. Señora, devuelvo á usted un marido completo y su pulsera. (Le da la caja.) (Pero qué oficio tan bonito y tan fácil!)

ADR. (Bajo á Leoncio.) Caballero, mi gratitud...

LEONC. No hay de qué.

PAUL. Caballero, muchas gracias.

LEONC. (Tambien éste?) (Recordando.) Ah! Su paletó de usted está en mi casa. En cuanto á mí, puede decirse que he sacado lo que el negro del sermon.

Pero si á piedad se inclina
el público, importa nada.
(Al público.)
No negueis una palmada
al DOCTOR EN MEDICINA. (Cae el telon.)

FIN DEL JUGUETE.

ZARZUELAS.

			TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
»	»		A la pradera	1	D. Juan Maestre	L.
2	1		Angeles y Serafines	1	Sres. Sierra y Prieto	L.
»	»		A oposicion	1	Sta. María y Reig	L. y M.
	»		A real por duro	1	C. Navarro, E. Navarro y A. Rubio	L. y M.
»	»		A tal Marqués tal Secretario	1	J. Suelo y Sierra	M.
»	»		A terno seco	1	D. C. Navarro	1|2 L.
»	10		Choza y palacio	1	Manuel Perillan	M.
2	2		Con Paz y Ventura	1	Sres. Navarro y Gorriz	L.
»	»		Dos carboners	1	E. Aulès y Cabrero	L. y M.
4	3		Dos petardistas	1	Alba y Hernandez	L. y M.
4	3	c	Dudas y celos	1	D. C. Navarro	L.
2	2		Efectos de 301 dias	1	Ildefonso Valdivia	L.
»	»		El baile de porvenir	1	C. Navarro	Mit. L.
7	5		El lavadero de la Florida	1	Isidoro Hernandez	M.
»	»		El mejor postor	1	Tomás Reig	M.
3	1		El mundo y sus arrabales	1	Tomás Reig	M.
»	»		El pan de la emigracion	1	J. Cansinos	1|2 M.
	»		El ruiseñor	1	Tomás Reig	M.
8	2	c	El salto del gallego, *parodia*.	1	C. Navarro	1|2 L.
4	2		En el cuartel	1	Sres. Navarro y Gamayo	L.
10	1		En el viaducto	1	Cocat y Reig	L. y M.
»	»		Fiesta nacional	1	Lucceño, Búrgos, Valverde y Chueca	L. y M.
7	5		Fiestas de antaño	1	Navarro y Caballero Martinez	L.
»	»		Fuego y estopa	1	D. Tomás Reig	M.
5	1		Gimnasio higiénico	1	Fernando Bocherini	L.
2	2		La filoxera	1	Sres. Pina y Barbieri	L. y M.
»	»	c	La gran noche	1	Maestre y Hernandez	L. y M.
4	1		La jota aragonesa	1	D. C. Navarro	L.
»	»		La muerte de Garcilaso	1	Sres. Arnao y Espinosa	L. y M.
12	6		La plaza de Anton Martin	1	Granés, Sierra, Prieto, Valverde y Chueca	L. y M.
1	1		La sopa está en la mesa	1	D. Angel Rubio	M.
»	»		Los gatos pardos	1	Sres. Burgos y Hernandez	L. y M.
»	»		Los timadores	1	D. Pascual de Alba	L.
4	1		Mata-moros	1	C. Navarro	L.
»	»		Mazapan de Toledo	1	Angel Rubio	M.
3	2		Ni á tres tirones	1	Sres. Castilla, Rubio y Espino	L. y M.
2	»		Nos matamos	1	D. C. Navarro	1|2 L.
»	»		Noy, Milord y Monsieur	1	Sres. Navarro y Rubio	L. y M.
»	»		Odio de raza	1	D. Tomás Reig	M.
4	3		Oidos á componer	1	Cocat y Reig	L. y M.
3	2		Retreta	1	Pedro Gorriz	L.
3	2		Sin conocerse	1	C. Navarro	L.
»	»		Sitiado por hambre	1	Sres. Alba y Espino	M. y 1|3 L.
»	»		Tipos y topos	1	Navarro y Rubio	L. y M.
»	»		Tirios y Troyanos	1	Vega y varios maestros	L. y M.
»	»		Una historia en un wagon	1	D. Tomás Reig	M.
2	3		Un capitan de lanceros	1	Sres. Mota Gonzalez y Hernandez.	L. y M.
2	1		Un perro grande	1	D. C. Navarro	1|2 L.
»	»		Adios mundo amargo	2	Sres. Rubio y Espino	M.
»	»		Cosas de España, *revista*	2	Alba, Cansinos y Reig	M. y 1|3 L.
»	»		De Getafe al paraíso ó la familia del Tio Maroma	2	Vega y Barbieri	L. y M.
12	3		El laurel de oro	2	Rubio y Navarro	1|2 M. y 1|2
»	»		El paje de la Duquesa	2	D. Antonio Llanos	M.
3	2		La tela de araña	2	C. Navarro	1|2 L.
»	»		Madrid se divierte, *revista*	2	Sres. Gorriz, Rubio y Espino	L. y M.
4	3		Martes 13	2	Rubio, Espino y Navarro	M. y 1|2 L.
7	6	c	Boccacio	3	Mr. Audran	M.
6	2		Corona contra corona	3	Navarro y Breton	L. y M.
»	»	c	El bergantin Adelante	3	D. C. Navarro	1|2 L.
4	2	c	El grito de guerra	3	Sres. Navarro y Rubio	L. y M.
8	3	c	El sacristan de San Justo	3	D. C. Navarro	1|2 L.
»	»		Esther	3	Ildefonso Valdivia	L.
7	7	c	Gilleta de Narbona	3	Sres. Nombela y Audran	L y M.
6	5	c	La Mascota	3	Nombela y Audran	L. y M.
»	»		Las mil y una noches	3	Pina Dominguez y Rubio	L. y 1|2 M.

3 0112 115872068

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administracion.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.